

Escaladas en el ATLAS

Expedición al ATLAS. 1972

EL verano pasado, invitado por unos montañeros gallegos, me uní a su expedición a las montañas del Gran Atlas, pasando junto a ellos unos días inolvidables de gran actividad. Marruecos, sus gentes y sus montañas me dejaron muy gratos recuerdos y hoy, con la pluma en las manos, quiero traer a estas páginas el relato de uno de mis mejores días de montaña y dedicarlo a todas las madres que inquietas esperan el regreso de esos alpinistas hijos suyos, que domingo tras domingo con su mochila a la espalda recorren la montaña y en algunas ocasiones se quedan en ella para siempre.

DIA 21-IX-72

DIRECTISIMA AL COULOIRE DE GEL DEL TISKIN (3.938 m.)

Me despierto sobre las cinco de la mañana y atisbo a través de la ventana la noche espléndida, bajo las escalerillas de las literas, atravieso a tientas la estancia tropezando con alguna que otra mochila y salgo al exterior; siento el frío de las alturas y recorro con la vista toda la zona; las masas oscuras de las montañas se recortan sobre el cielo y en éste una multitud de lucecillas aparecen cubriendo el infinito. Me siento en una roca y contemplando la majestuosidad de la noche, gozo de la soledad y el silencio, amo en este momento la montaña y comprendo por qué me atrae y me satisface.

En la soledad de esta noche cruza por mi mente el recuerdo de mil ascensiones, de muchos lugares diferentes, mis montañas euskaras. Aralar. Du-

ranguelado, Aitzgorri... cientos de noches como éstas... ¿Será éste el secreto de la montaña? Sigo soñando despierto, cuántos recuerdos, cuántas emociones, qué cantidad de aventuras; diez años de actividad desfilan por mi mente en unos momentos, ya no pienso en nada, sigo contemplando y disfruto de la soledad en tanto mis compañeros duermen en el interior del refugio, ajenos al hechizo de tanta belleza.

Todo ha transcurrido en pocos minutos, el frío intenso de la madrugada me despierta de este sueño, entro en el refugio y despierto a Carlos. Le digo que el día es despejado y frío, perfecto para una escalada de hielo como la proyectada. De momento el tiempo está de nuestro lado y hay que aprovecharlo.

Inmediatamente abandona su saco de dormir, encendemos un butano y en tanto se calienta un perol de leche comenzamos a preparar las mochilas repitiéndose nuevamente el clásico ritual que precede a cada ascensión, la cuerda, los mosquetones, clavijas y demás enseres van entrando en las mochilas; después zumos, galletas, pasas y algunas latas completan el equipaje. Momentos después nos despiden nuestros compañeros a los que hemos despertado con nuestros preparativos y abandonamos el refugio hacia las seis y media.

El exterior sigue estando oscuro y frío, acentuándose con la llegada del alba. Tras una hora y media de marcha por una zona pedregosa, alcanzamos la base del couloir, son las ocho y ya es de día y por fin tomamos contacto con la nieve del macizo que en realidad es hielo tan duro que nos obliga a poner crampones en el momento mismo en que llegamos a él.

Estamos ya en el comienzo de la ascensión, subimos en ramble hasta la misma boca del corredor, aquí efectuamos una reunión de la cual parto realizando el primer largo de cuerda; cuando la estoy finalizando oigo las voces de mis compañeros que han salido del refugio y los descubro en el fondo del valle, al pie del Tizi Mellow. Prosigo, monto la reunión y recupero al compañero; éste realiza a su vez el segundo largo y así sucesivamente nos alternamos en la cabeza de cordada y vamos realizando largos. Al final del quinto surge la primera pega de la vía, un enorme bloque rocoso de unos seis metros nos cierra el paso; encuentro un pitón, aseguro la cuerda y cruzo la rimaya encaramándome por un canal formado por el bloque y la pared. El paso no es muy difícil (IV inf.), pero el realizarlo con los crampones puestos obliga a desenvolverme con cautela; supero el paso y entro en una terraza de pedrera donde encuentro un piolet que tiene el mango partido por lo que deduzco que ha debido caer desde bastante arriba, lo recojo y sigo ascendiendo por el hielo hasta que finalizada la cuerda, recupero a mi com-



Couloir del Tiskin, desde las crestas del N'Temelite

pañero que no tarda en estar junto a mí tras sacar el pitón abandonado en la pared.

Otro largo más por el couloir y éste muere al pie de un paredón vertical de unos 150 m. de altura. Por la derecha aparece un canal cerrado por un muro de unos 8 m. al pie del cual descubro una clavija y emplazo la reunión. En ella nos quitamos los crampones. Sale Carlos de la reunión y lentamente supera metro a metro el total del largo, donde lo descompuesto de la roca aumenta la dificultad de los pasos de IV°. La reunión se monta sobre terrenos de pedrera situados en el interior del canal y el siguiente largo es el más fuerte de toda la vía, los bloques ligeramente extraplomados, las presas invertidas y lo descompuesto del terreno hacen de este paso de V sea la clave de la vía; lo aborda también mi compañero y poco a poco lo va superando aprovechando cuatro clavijas ya colocadas. Al final del desplome está a punto de caer pero en el último momento su técnica supera la dificultad, salvando, aunque muy fatigado, el paso.

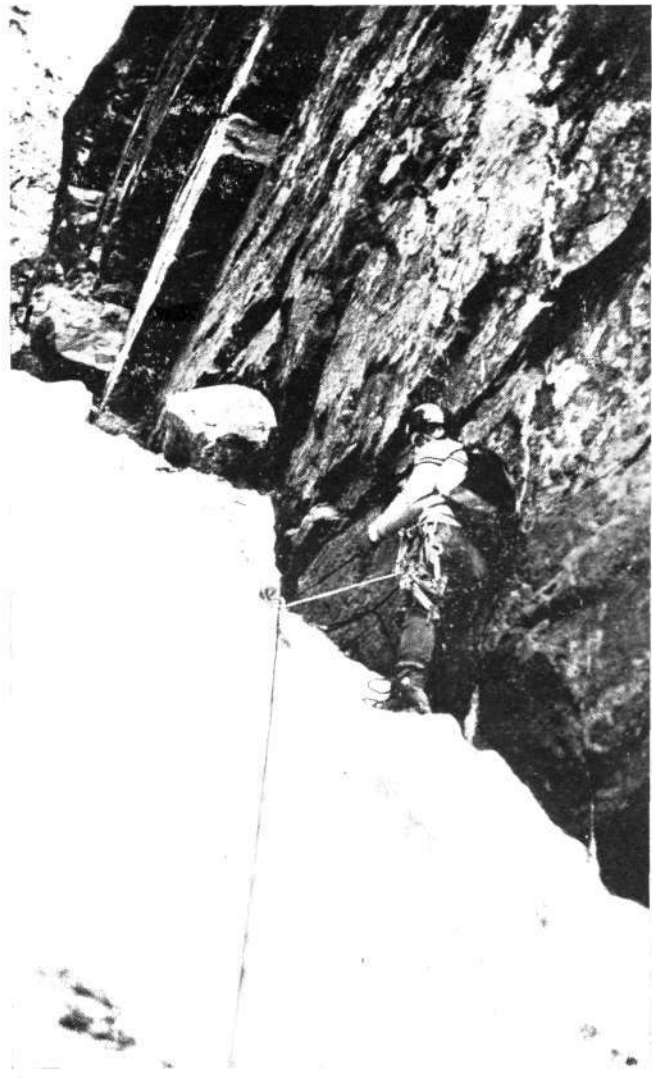
Le sigo de segundo bien asegurado y aún así noto la dificultad; también, al igual que él, estoy a punto de salirme de la pared pero consigo pa-

sar, recupere las cuatro clavijas que hay a lo largo del desplome y pronto estoy con mi compañero en una repisa de pedrera suelta.

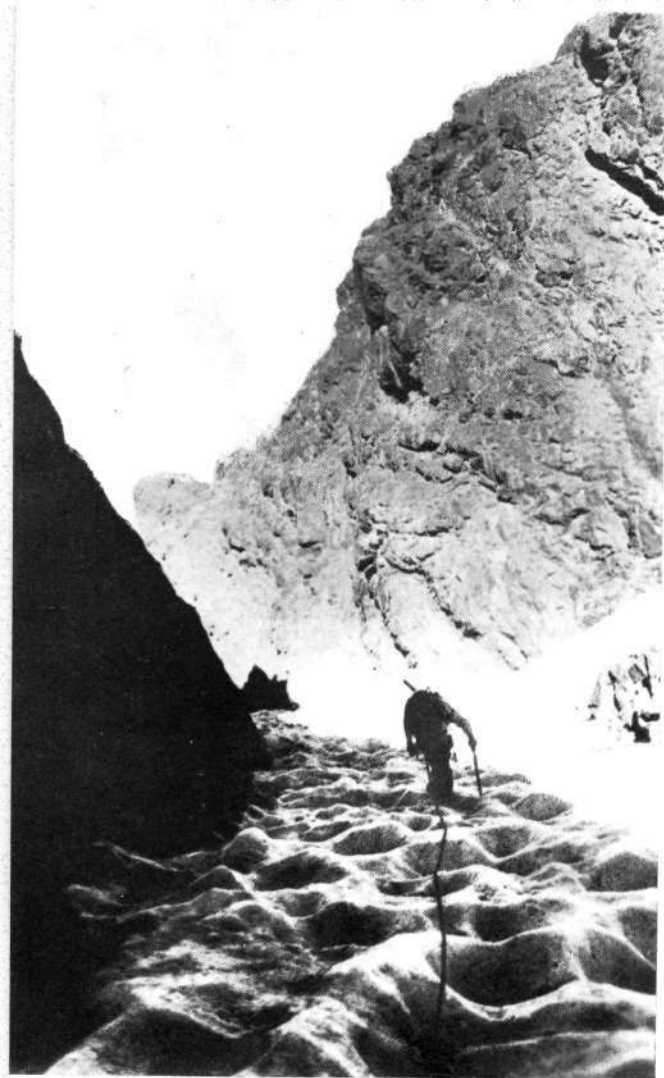
Después de un descanso en el que comentamos las pegas y dificultades de los últimos largos, salgo en oposición por el canal que se va cerrando paulatinamente. Esta chimenea no tiene grandes problemas, aunque sentimos la molestia de las mochilas y los piolets que van a nuestras espaldas. Superados unos ocho metros, salgo como puedo de la chimenea y tras un par de metros desemboco en una gran terraza a modo de cueva formada por unas paredes desplomadas sobre ellas; en principio no veo la posibilidad de seguir el itinerario tan directo como pensábamos y, sin embargo, veo muy lógica la salida utilizada por los catalanes, pues hacia la derecha se abre un diedro inclinado que asciende en diagonal; prosigo por él y no tardo en salir a una zona muy fácil desde donde una amplia canal bastante sencilla conduce entonces entre suaves trepadas hasta la arista cimera.

Aquí espero otra vez más a mi compañero y cuando llega parto de nuevo desechando la zona fácil, asciendo hacia la izquierda trepando una pared de fácil ascenso hasta ganar su arista. Al otro lado de ésta descubro con emoción la parte superior del corredor de hielo y desde aquí hacemos ahora una travesía lateral a la izquierda que nos pone nuevamente al pie del nevero.

Nos colocamos los crampones y proseguimos la ascensión por la crista-



Carlos me asegura en una de las primeras reuniones



Poco a poco la inclinación va disminuyendo y presentiendo que el final está ya próximo

Poco a poco la inclinación va disminuyendo y presentimos que el final de la ascensión se aproxima; entre jirones de niebla que se desvanecen descubrimos muy próximo ya el collado que une la cumbre del Tiskin con las crestas del Tazahar.

A las dos de la tarde llegamos a este collado, nos sentamos en unas rocas y, tras soltarnos los crampones, tomamos algún alimento en tanto comentamos las incidencias de la ascensión; nuestros cuerpos están cansados, pero ha valido la pena, hemos realizado una gran escalada y estamos muy contentos.

Seguimos un rato más de tertulia, nos hubiera gustado estar en ese

lina y dura superficie del nevero; otra vez se repiten las operaciones: tallar escalones, asegurar con sacacorchos, clavar el pico del piolet a martillazos.

Largo tras largo vamos superando unos metros que nos aproximan al final del corredor; cada vez la ascensión se hace más pesada y monótona, parece que nos quedan un par de largos, pero tras éstos aparecen otros dos más y luego otros dos, y así sucesivamente. Parece que esta rampa no tiene fin. Sobre la una comienza a entrar la niebla y, como el día anterior, lo cubre todo; el espectáculo es deprimente, no vemos más que esta pendiente interminable de hielo y ambos lados no se ven, se adivinan los negros paredones que lo cierran; la temperatura es desagradable, comenzamos a estar a disgusto y a sentirnos perdidos en la inmensidad de la montaña, pero seguimos ascendiendo.

momento dando unas vueltas por Vigo o de chiquiteo en la Parte Vieja donostiarra, o quizá también celebrando con una cerveza en aquel bar de Marraquex contemplando de paso a aquella bella aborígen que, al contrario de sus congéneres, no se cubría la cara, ni otras cosas tampoco, ya que vestía a la europea luciendo un ceñido jersey de amplio escote y una minifalda que tenía mucho de mini y muy poco de falda. (Quizá pensaba la morita, al igual que nosotros, que un cuerpo tan agraciado y con unas curvas tan perfectas era una pena esconderlo tras un velo y una chilaba, privando a los mortales de ver tal obra de arte.)

En fin, estuvimos en Marraquex, pasamos por Vigo, regresé a Donosti, y ahora que estoy aquí pienso muchas veces que me gustaría estar sentado en aquellas piedras del collado de Tiskin, agotado por el esfuerzo de otra escalada y comentando tonterías como éstas.

Tras este pequeño descanso recogimos el material en las mochilas, nos las echamos a la espalda y trepamos unos resaltes rocosos sumamente fáciles que a los pocos metros enlazaban con la gran planicie que constituye la cumbre de este cordal.

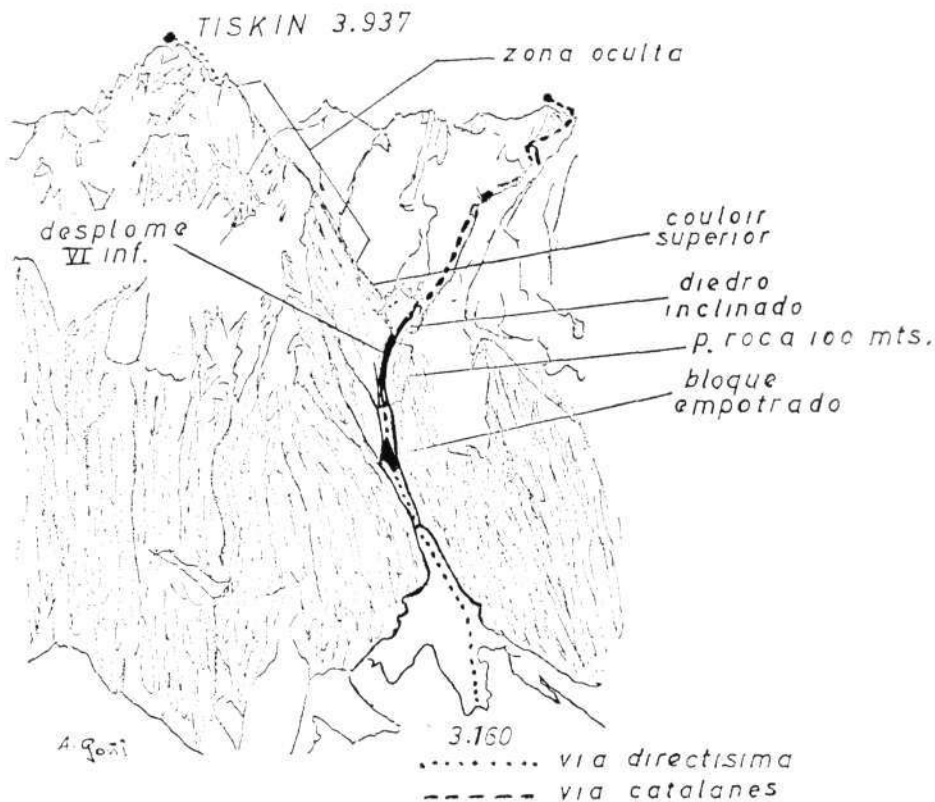
A través de la niebla un tanto deslabazada contemplamos la extensión de este macizo en tantos seguíamos la crestería hasta coronar el Ras Ouna-



Pico de Tiskin (3.938 m.) y couloir de Gel

kirn (4.042 metros). Aquí, en el gran cairn que señala la cota máxima de esta montaña, encontramos una imagen de Nuestra Señora de Montserrat y en su interior tarjetas de diversas expediciones, como la de los catalanes que dejaron la Virgen, y recogimos el banderín del Club Montañeros Celtas, también de Vigo, dejado en su expedición del año 69.

Aún ascenderíamos al clochetón superior (4.039 metros) antes de iniciar el descenso hacia el refugio; bajamos por una ladera pedregosa y a ciegas, pues la niebla no nos permitía ver más que un par de metros, perdidos en un terreno desconocido y destreando roquedades y cortes que al día siguiente, al observarlos, nos ponían los pelos de punta y nos parecía imposible.



Couloir de Tiskin

Finalmente, sobre las nueve de la noche, llegamos al refugio Lipeney, devolviendo la calma y tranquilidad a nuestros preocupados camaradas y recibiendo de ellos su cariñosa felicitación por la ascensión que habíamos realizado.

Días más tarde regresamos a España; todo había acabado, y lo que durante todo un año fueron proyectos son ahora recuerdos. Pero tras estos recuerdos vendrán otros proyectos y otras ascensiones que constituirán un aliciente más para seguir viviendo y amando la montaña. Y así, al sentirnos victoriosos sobre sus cumbres en esos momentos sublimes en que la vista se pierde en el infinito contemplando la inmensa belleza de la montaña, nos daremos cuenta de su grandeza, y ante esta grandeza nos sentiremos empequeñecidos, débiles, tal como en realidad somos, y sin duda una reflexión acudirá a nosotros: ¡Señor, qué grande es tu montaña y qué pequeño tu montañero!

¡GRACIAS, SEÑOR, POR UNA CUMBRE MAS!

TXOMIN.

Ascensión llevada a cabo por la cordada de Carlos Marcaño, del Club Peña Trevinca de Vigo, y Agustín Goñi, del Club Vasco de Camping de San Sebastián, en el transcurso de la expedición ATLAS 72 del Club Peña Trevinca de Vigo.